

Suscripciones:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Anuncios.



Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, a precios
módicos.

Año II. Murcia 29 de Diciembre de 1889. Núm. 79

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 15 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

 **Gonzalez Vera** 
DENTISTA DE S. M.
Sucesor de los
SRES. FRANZELIUS Y DELGADO
17, Sociedad, 17.

Pone en conocimiento del público murciano, que actuará en este antiguo y acreditado gabinete, donde los clientes encontrarán los mismos precios é igual esmero que se han venido usando.

Opera gratis á los pobres, de 10 á 12 de la mañana.

En este laboratorio mecánico, se construyen dentaduras, sin cubrir el paladar, sin muelles, piezas parciales de uno ó más dientes y sin ganchos, por ser estos causa de la destrucción de las inmediatas.

Dentaduras con presiones múltiples; id. con paladar sin presión; colocación de medios dientes, sin pivot ni aparato; arreglando todas las piezas deterioradas y reparaciones en las mismas, y todo cuanto se relacione con esta mecánica profesión.

Comunicación telefónica, de 6 de la mañana á 6 de la tarde.

TELÉFONO NÚMERO 67.
17, SOCIEDAD, 17.

La Bandera Española.

DEPOSITO DE VINOS DE JEREZ.
Calle de la Reina,
Frente al pasaje de Zabalburú.

Botella	Rs.	Cts.
Jerez pálido á . . .	8	50
Jerez seco á . . .	8	"
Málaga oscuro á . . .	8	"
Moscátel á . . .	8	"

También hay tres clases de Jerez y Manzanilla fina que se vende sin casco. Manzanilla fina á 87 cts. de pts. cuartillo. Jerez dulce rancio á 60 cts.

» abocado á 50 »
seco á 50 »

ises de varias clases.

Vino de Jumilla superior.

Embutidos de todas clases.

Harina de 1.^a trigo del país á 4.20.

Pan casero 800 gramos, de la misma harina á 23 cts.

LA BANDERA ESPAÑOLA.

Calle de la Reina,
Frente al pasaje de Zabalburú.

La Juventud Literaria

PROBLEMA.

Comenzaba el segundo acto de «Los Hugonotes» cuando apareció en su platea-proscenio la condesa de Belflor, radiante como siempre de lujo y de belleza.

Su presencia atrajo las miradas del público elegante, mas atento á cualquier distracción, que á los primores de la música. Saludó con ligera inclinación de cabeza á los de lejos, dedicó una graciosa sonrisa á los mas próximos y despues de pasear un instante su mirada por el teatro, se sentó de espaldas al escenario, como importándosele un ardite de la ópera y los cantantes.

Los artísticos gemelos de concha y oro, salieron al instante de la olorosa funda, para servir de discretos intermediarios entre la hermosa Elena y un joven no muy próximo al proscenio en que ella se exhibía con orgullo de reina.

La murmuración se cebaba en ellos, atribuyéndoles relaciones que el decoro y la moral rechazan cuando la mujer está unida con el sagrado vínculo á otro hombre aunque este sea de alguna edad, como el esposo de la condesa.

Apenas terminó el acto, abandonó el joven su butaca y fué á saludar á la condesa que se había levantado de su asiento y conversaba con sus vecinas.

El conde, un veterano militar de sesenta años, fumaba tranquilamente un cigarrillo de papel en el ante-palco, ageno en la apariencia á lo que no fuesen las caprichosas espirales de humo que salían á intervalos de su boca.

Apenas los cuidados de su alta gerarquía militar, le dejaban tiempo para el descanso; y raras y muy contadas eran las veces que iba al Real, á pesar de su afición á la música. Aquella noche, sin embargo, cantaban por primera vez en la temporada «Los Hugonotes» y no era de despreciar la gran partitura de Meyerbeer: tal fué la razón que con amable sonrisa dió á su esposa, cuando esta le interrogó algo contrariada.

Dos golpes dados con suavidad en la puerta de la platea, distrajeron al conde de su entretenimiento, y obligaron á la condesa á suspender la conversación para saludar al recién venido, que

no era otro que su amante, según de público se decía.

El conde y él se saludaron como dos buenos amigos, sin revelar ninguno en su rostro los sentimientos que les dominaban. El amante, estaba contrariado por la presencia del marido; este, sentía crecer por instantes en su corazón la calumnia que le delatara el anónimo encontrado aquella mañana entre el correo.

¡Y cómo desdeñaba el bravo militar las ruindades del infame papel! ¡Qué desprecio mas grande no sentía él ante aquella cobardía; qué indignación la suya contra el alevoso proceder del miserable que le hería traidoramente en el corazón!

Sin embargo, la duda había logrado atravesar la férrea coraza de su soberano desprecio, y sentía en lo mas íntimo las punzadas del dolor, mas intenso á medida que mas reflexionaba. La completa libertad de su mujer, las frecuentes visitas de Enrique, el joven del teatro; el viejo y achacoso, ella joven y hermosa... y sobre todo, el anónimo, fino y perfumado como de mujer que aspira á una venganza, aquel misterioso billete que entre oleadas de perfumes le repetía una y mil veces: «Enrique es el amante de tu esposa. Si quieres sorprenderla, entra esta noche en su cuarto una hora despues de haber salido del Real... No, no, no podía ser, ¡imposible!... ¿Que nó?... ¿Porqué?... Y efecto de una reacción muy frecuente en los temperamentos nerviosos, la duda se convirtió en evidencia. Ya creía estar viendo en su demencia, con los ojos inyectados en sangre su propia deshonra, y á la sociedad riéndose de su terrible humillación, mientras él devoraba en silencio tantas amarguras. Despues.... lloró como un niño... La crisis había pasado.

Ya sereno, quiso convencerse de la verdad del anónimo y fingió calma. Vino la noche, asistió al Real, tranquilo en la apariencia, y allí observó cómo en las ardientes miradas de su liviana esposa, se retrataba en toda su intensidad el cariño que sentía hacía aquel hombre.

Terminada la función, salieron del Real los dos esposos, cojidos del brazo. Despues... no se sabe lo que ocurrió.

A la mañana siguiente, el general

